

CUENTO N° 136

TÍTULO: EL SOCIAS

SEUDÓNIMO: EL ISLEÑO

AUTOR: ARTURO ALEJANDRO WILLIAMS SEARLE

El Sosias

El ronquido del motor del bus, que lo aleja veloz de la ciudad, hace que Manuel, a pesar de sus múltiples problemas, comience a adormecerse. Una y otra vez le ha pasado revista a todas las cosas que le complican la vida, sólo para volver a empezar a revisarlas nuevamente. La estada de su pequeña hija en la clínica y lo inesperadamente alto de la cuenta, que hizo colapsar su escuálido sueldo de empleado bancario subalterno. Salario que hacía tiempo ya no alcanzaba para cancelar las tarjetas de crédito de bancos y tiendas comerciales. Dividendos, matrículas escolares y otras cuentas menores, lo habían puesto irascible, hasta el punto de hacer peligrar la estabilidad de su matrimonio y su trabajo.

El día que vio la posibilidad, anduvo como flotando entre nubes, distraído, incapaz de concentrarse en nada, hasta que después de varios días sin dormir, se sintió lúcido y tuvo todo claro en su cabeza. Realizó el desfalco, retirando pequeñas cantidades que pasaban inadvertidas en la contabilidad del banco, traspasándolas a su nombre, escondidas tras un número, a cuentas en el extranjero. Fue sacando pequeñas cantidades, que le permitieron ir, paulatinamente, cancelando sus compromisos más urgentes y elevando un poco su nivel de vida.

Continuó viviendo económicamente, para que nadie se preguntara de dónde sacaba el dinero para ello, y todo anduvo bien para él, hasta que un par de años más tarde hubo un robo en el banco y se realizó una exhaustiva fiscalización de toda la contabilidad. Alguien cogió una pequeña hebra, que no tenía nada que ver con su desfalco, pero que llevó a desentrañar todo el robo que él había hecho. Manuel se espantó y antes que hubiese el menor atisbo que lo mostrara como el responsable,

decidió huir, lo que hizo sin avisar a nadie, abandonando su familia sin, ni siquiera, despedirse de ellos.

Se escondió en ciudades distintas, donde se quedaba por cortos períodos, realizando algunas actividades menores que no llamaran la atención por exceso ni por defecto.

Finalmente la somnolencia producida por la monotonía del zumbido del motor lo dominó y se quedó dormido. Despertó en la estación de parada, de una ciudad intermedia, en la que bajaron algunos pasajeros y un par de personas inició allí su viaje.

Le llamó profundamente la atención un pasajero que subió y se sentó a su altura, al otro lado del pasillo. Era su Sosias perfecto, excepto por un pequeño bigotito y unos anteojos, de marco grueso y oscuro, que disimulaban, aún más, cualquier pequeña diferencia.

Disimuladamente lo observó por largo rato, mientras el bus corría, hasta que, sin darse cuenta se durmió nuevamente.

Despertó con el estruendo que hizo el bus al chocar con algo, continuar unos cuantos metros zigzagueando por el camino, hasta volcarse y quedar atravesado en la ruta.

Aunque se había golpeado fuertemente la cabeza y sentía correr algo de sangre por una de sus mejillas, no tenía mayores daños, según colegía por poder mover su cuello, brazos y piernas, sin tener ninguna dificultad para hacerlo. Al mirar a su alrededor vislumbró algunos cuerpos revueltos, de donde salían quejidos y peticiones de ayuda. A su lado, casi encima de él, estaba el hombre que le había llamado la

atención por su parecido. Trató de auxiliarlo pero al ver que no reaccionaba ante sus esfuerzos buscó, sin éxito, sus signos vitales y por la forma en que se le balanceaba la cabeza, como si estuviera separada del cuello, concluyó que no podía hacer nada por él, ya que aparentemente estaba muerto.

Un pensamiento lo golpeó de repente. ¿Qué ocurriría si, aprovechando el parecido, cambiaba documentos con el muerto? El aparecería como fallecido en un accidente y, amparado en los nuevos documentos, podría transitar libremente, ya que nadie continuaría buscándolo.

Sin pensarlo dos veces, cambió los documentos del muerto, sustituyéndolos por los propios, agregando los lentes y la argolla de matrimonio del fallecido.

Con el corazón latiéndole apresuradamente, se preparaba para auxiliar a los heridos, que clamaban por ayuda, cuando un violento choque provocó una nueva hecatombe en la semidestruida máquina. Casi de inmediato se produjo una explosión y una fuerte llamarada, que hizo arder el bus por todos lados, Buscó como huir de ese pandemónium y logró moverse un poco hacia un lugar que le pareció apropiado para salir, el esfuerzo lo hizo perder el conocimiento y no supo más de él. Volvió en sí en una camilla, que era transportada en un vehículo, que supuso sería una ambulancia. Escuchó una voz que le preguntaba a alguien: ¿Despertó don Antonio? ¿Cómo se siente? Después de un instante, un hombre de delantal blanco, repitió las preguntas, pero esta vez, apretándole suavemente un hombro. Comprendió entonces que se dirigía a él, pero prefirió no contestar, para darse tiempo de ordenar sus ideas. Rápidamente pensó y entendió que habían revisado los documentos que encontraron en su bolsillo y lo llamaban por el nombre de su Sosias, que él presumía habría muerto en el

accidente. Decidió seguir esa corriente y culpar a las lesiones sufridas, para justificar los posibles errores, mientras se acostumbraba a su nueva identidad.

En el pequeño hospital de provincia en que lo atendieron, curaron sus pequeñas lesiones y lo dieron de alta en 24 horas, haciéndole ver que no se preocupara de los lapsus o errores que se le producían, los que irían desapareciendo, a medida que completara su recuperación.

Con el nombre de Antonio Morgado, se inscribió y alojó en un agradable y económico hotel, aprovechando de hacer limpiar y arreglar su vestimenta y adquirir algunos objetos que necesitaba.

Después de unos pocos días, sin sufrir ningún inconveniente y ya totalmente recuperado, pensó que era el momento de continuar su peregrinaje, aprovechando la tranquilidad que le otorgaba su nueva identidad. Adquirió pasajes hacia un nuevo destino y, oportunamente subió al bus que lo trasladaría, comenzando su viaje despidiéndose de algunos nuevos amigos, adquiridos en los días de estada en el pueblo.

Habrían recorrido unos 40 o 50 Km, cuando un vehículo policíaco alcanzó al bus y tocando estridentemente su sirena, lo hizo detenerse a la berma de la carretera. Dos policías, de civil, subieron al bus y después de una breve mirada, se dirigieron directamente a él.

¿Es usted el señor Antonio Morgado? Le preguntaron y ante su respuesta afirmativa lo conminaron a acompañarlos, de inmediato, al cuartel de Investigaciones, para contestar algunas preguntas, que querían hacerle, relacionadas con la muerte de un matrimonio de ancianos en la ciudad de Talca. Después de explicarle sus derechos,

referentes a que podía permanecer en silencio, hablar solamente en presencia de un abogado y que si no tenía dinero el Estado le proporcionaría uno gratuitamente y otras cosas que malentendió, lo esposaron y rápidamente, con la baliza del auto encendida y la sirena ululando, lo llevaron raudo al cuartel para ser interrogado y puesto a disposición del fiscal correspondiente.

En el trayecto trató de explicarle al inspector, que parecía ser el Jefe del grupo, que él no se llamaba así y que, en realidad, su nombre verdadero era Manuel Ramírez, obteniendo como respuesta un “no se preocupe porque yo soy Napoleón”, junto con una burlona carcajada, del funcionario policial.

Ya en la ciudad, en la sala de interrogatorios del cuartel policial, continuaba tratando de explicarle al oficial que él no era Morgado, sino Ramírez, mientras el detective le señalaba que mejor no continuara haciéndose el loco, porque ello no lo conduciría a ninguna parte. En un momento determinado entró una persona, que le pidió al interrogador, lo acompañara a conversar un momento al exterior. A los pocos momentos regresó para comunicarle que el interrogatorio se postergaba para el día siguiente, lo que efectivamente ocurrió así y, riéndose, le informó que le tenía dos noticias, una buena y otra mala. ¿Cuál le doy primero, la buena o la mala? Sin esperar la respuesta el inspector continuó. Bueno, si usted lo dice, entonces le doy primero la buena, o sea contarle que, a través de sus huellas digitales, hemos confirmado que, efectivamente, usted es Manuel Ramírez y no Antonio Morgado, como pretendíamos nosotros, y le pido perdón por haber dudado de su palabra. Sabemos que estaba siendo buscado por una estafa, o pequeño desfalco, en el banco en que usted trabajaba.

La mala es que, ahora hemos encontrado tres testigos que, prescindiendo del nombre que usted usara, lo vieron salir de la casa donde murieron los ancianos Salcedo, en Talca, justo el día en que sus cadáveres aparecieron quemados, en un incendio intencional, provocado por usted, suponemos. Además tenemos detenido al joyero, reducidor de especies, confeso de haber comprado las joyas, robadas a los ancianos muertos, a una persona a la que identifica como usted, a través de una descripción, hecha por él, a un dibujante nuestro. Finalmente el cajero de los Buses Conejo Sur recuerda sin lugar a dudas, que el mismo día del asesinato, le vendió a usted pasajes para viajar a Concepción, en el bus que se accidentó ese día. Se acuerda porque ese día él estaba de cumpleaños y que cuando usted se dio cuenta, lo felicitó efusivamente.

////////////////////////////////////